

Ignacio Braulio Anzoátegui

No escribió nunca una novela. Pero ha creado un personaje esencialmente novelesco:

Lady Grace

Este singularísimo escritor argentino —poeta, humorista y hombre de fe— realizó su primer acto importante al nacer en La Plata en el año 1905. Como tantos otros escritores, buenos, malos o regulares, se dedicó al estudio de las leyes, doctorándose con una tesis que versaba sobre *La adopción en Roma*, y después de asumir la nada nada literaria responsabilidad de redactar un Venerable *Digesto de Instrucción Primaria*, a cuyas páginas se asomó muchas veces quien esto escribe sin encontrar, por cierto, ni huellas del estilo anzoateguiano clásico, desempeñó diversas funciones judiciales que culminaron con las correspondientes a las de juez de primera instancia en lo civil. Estos datos sólo tendrían interés para ser inscriptos en una necrología al uso —aún no necesaria, a Dios gracias— si durante el transcurso de sus funciones judiciales Anzoátegui no hubiera emitido una serie de notables fallos que el día que se editen (y, por tal circunstancia, la publicación de un *Libro de Fallos* ya está prevista en realidad) servirán para demostrar que un poeta puede ejercer la magistratura sin perder el rigor estético de su estilo ni la originalidad de su espíritu creador y, lo que resulta todavía más admirable, sin que el auténtico derecho pierda.

Sin embargo, lo más valioso de Ignacio B. Anzoátegui, literariamente hablando, está en sus libros de poesía, de ficción y de ensayos. Si su poesía no marcha casi nunca por los carriles comunes y su manera de abordar el ensayo dista enormemente de la clásica, debe decirse igualmente que su obra de ficción no puede encajarse, con facilidad o sin ella, dentro de las categorías de la narrativa habitual o de la narrativa pura. En realidad, Anzoátegui es autor que se resiste al encasillamiento forzoso, que se evade de toda clasificación retórica al uso. Ha escrito poesía utilizando elementos y estilos aparentemente prosaicos y ha introducido la ficción, sin esfuerzo, en sus artículos y notas de carácter ensayístico. Pero, cualquiera sea el género abordado, en él prevalecen siempre el poeta y el humorista.

Así como su cuento largo o novela corta *La niña del ángel* es algo esencialmente poético por su concepción, su lenguaje y su tono, sus ensayos, aun los que pudieran definirse como más rigurosamente conceptuales, se tiñen inevitablemente (salvo, quizá, las *Vidas de muertos*) con elementos puramente poéticos. Poética, en definitiva, es su manera de expresarse. Y su humorismo se dirige especialmente al despertar, no la risa del instinto, sino la fina sonrisa de la inteligencia que acostumbra a discurrir por cauces de poesía.

En el terreno de la ficción se le debe, en primer término, *Georgina Arnhem* y yo, historia de un amor, y de las dudas, las indecisiones y las impaciencias de ese amor, escrita con una prosa de gran pureza, y en la que los elementos intelectuales se disuelven, como siempre ocurre con Anzoátegui, en las aguas de un estilo lírico singularmente bello y atractivo. *La niña del ángel*, relato que su autor califica como “cuento angélico”, es en verdad una narración poética: historia de la amistad, del puro amor de dos niños, que se resuelve en una final ascensión celeste (en Anzoátegui está siempre presente y actuante, como poeta de dimensiones en definitiva filosóficas, el símbolo). Sus *Nueve Cuentos* muestran, mezclados, elementos discursivos, poéticos y de ficción. Cede en ellos con frecuencia a la tentación del ensayista y los parlamentos de sus singulares personajes (gordos, peces, sirens ingleses, el cólera) se transforman, diríase, en pequeños ensayos, o ensayículos, sobre diversidad de temas, caros a su autor, quien en su

consideración denota una sorprendente originalidad. A primera vista salta el ingenio peculiar de Anzoátegui en la utilización de la frase, en el juego de los vocablos y los conceptos; pero hay en ello algo más que mero ingenio sin trascendencia. Su obra es la de un poeta que manifiesta su pensamiento y define sus más profundas creencias y apetencias mediante símbolos de clara progenie lírica, arriesgando en ocasiones una suerte de prosaísmo que, no obstante, encaja perfectamente en un estilo de indecible novedad, que tiene algo de greguería, sin ser Ramón Gómez de la Serna; algo de paradoja chestertoniana, sin ser G. K. Ch., y mucho de poema en prosa, sin tratarse de Baudelaire o de Aloysius Bertrand.

Esos *Nueve Cuentos*, que mantienen una perfecta unidad de espíritu, son diversos en los temas y en la realización. Algunos se aproximan peligrosamente al puro ensayo, al monólogo reflexivo; otros, como *La muerte de Carmen Chatterfield*, alcanzan las fronteras del cuento corriente, en este caso un cuento satírico, entre irónico y poético, de apariencias policiales y esencias mucho más profundas y trascendentes. En los *Nueve Cuentos* está incluida una “Carta a Lady Grace en defensa de los fantasmas”, y hago la mención, que me parece importante, porque ahí, inventado por vez primera y para siempre, aparece un personaje, Lady Grace, a quien el autor habría de olvidar durante largos años hasta hacerlo resurgir de improviso un buen día en su espíritu, saliendo de su muerte aparente para convertirse en la destinataria de los textos reunidos en uno de los más notables libros de Anzoátegui: *Monólogos con Lady Grace*. Este personaje, famoso en la obra de su creador, surgió a la vida, o resurgió, mejor dicho, en los numerosos artículos o ensayos (cartas o monólogos; ¿qué es la carta sino un monólogo escrito?) que Anzoátegui le dedicó y, sin embargo de ser un personaje de pura y auténtica ficción, no es protagonista de novela ni narración alguna. Pero, por paradójico que parezca, es un personaje esencialmente y absolutamente novelesco: criatura de fantasía que el autor diseña a través de sus monólogos con ella acerca de los más variados temas: la mujer honrada, el alma, el diablo, las alegrías, la arquitectura, el pecador desconocido, el matrimonio, la vida, la virtud, la niñez, el amor... Para convertirse en el ser de carne y hueso de una novela sólo lo faltan los actos animados y las descripciones de hechos que debe haber en una novela. He aquí, pues, que Anzoátegui, sin haber escrito nunca realmente una novela (lo intentó dos veces y desistió por encontrarse incapaz de adecuación a la técnica corriente) ha creado un auténtico personaje de novela.

Luis Soler Cañas

Publicado por el diario “Clarín”

Domingo 7 de agosto de 1960